

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXII - Junio de 1955 - Núm. 360

Puntos de vista

Democracia y disciplina

S I nos atenemos al concepto tradicional y estricto de democracia, supone ella un régimen político fundado en la libre expresión de la voluntad ciudadana. Nada más natural y lógico que así sea, pues las leyes se hacen y se aplican para favorecer a la colectividad representada por el mayor número, eliminados los privilegios y las excepciones. Los regímenes democráticos tienen esa clara ventaja sobre las oligarquías —grupos cerrados— y, especialmente, sobre las dictaduras en las cuales predominan la arbitrariedad y un interés circunscrito a minorías.

Nada se podría reparar a las democracias, que llevan implícita la posibilidad de rectificarse y perfeccionarse con las miras superiores de representar y servir a la sociedad. La historia de la humanidad las señala como hitos de progreso y libertad. En su gestación nadie queda excluido y a nadie se le niega la emisión de su pensamiento. Conquista del hombre civilizado en numerosas y repetidas jornadas de heroísmo colectivo o de figuras egregias que se sacrificaron en su defensa, con entereza impar.

Los países que se han regido por la democracia estable-

cida en forma genuina y austera dan la medida de las ventajas que involucra. Basta observar aquellos que la tienen para corroborar la verdad de este aserto. Inglaterra, Suiza, Suecia, los Estados Unidos de Norteamérica y algunos otros considerados rectores de la civilización occidental contemporánea, desarrollan sus actividades sociales, económicas y culturales en un plano de armonía y superación, con todas las limitaciones inherentes a la desigualdad de la condición humana.

Si la democracia surge de las voluntades mayoritarias, es el ciudadano, individualmente considerado, quien fija sus características y se responsabiliza de su destino. De ahí que para la existencia de una auténtica democracia sea fundamental contar con una sociedad formada por hombres conscientes de sus deberes y derechos. Sin una base popular amplia de gente con un mínimo de cultura, la democracia no pasa de ser una mera ficción. Una masa analfabeta o semiletrada es fácilmente sugestionable y campo propicio a la siembra demagógica y a toda suerte de señuelos falaces. Por eso, para asentar un régimen democrático, es previo preparar ciudadanos que tengan personalidad suficiente para que actúen a plena conciencia, capaces de discernir libremente. Y ello sólo es posible en pueblos que han logrado madurez política, la cual se obtiene mediante un largo proceso cultural y en países en que el bienestar material se ha extendido a todas las capas sociales, ausentes las injusticias y las expoliaciones.

Hispanoamérica surgió a la vida independiente bajo el signo democrático, estableciendo en sus constituciones los

principios fundamentales propios de tal régimen. Chile ha podido ufanarse de haber asentado una democracia a través de más de una centuria de vida republicana. Políticamente disfrutamos de todos los derechos que ella implica. Las libertades ciudadanas se ejercen sin más limitación que aquellas impuestas por el mantenimiento del orden público. Hay absoluta libertad religiosa y se puede practicar el credo que se desee. Elegimos a nuestros representantes sin que nada restrinja la acción individual. Pero se ha olvidado que junto al ejercicio de los derechos están los deberes que cumplir. En este aspecto nuestra democracia ha sido incompleta. Así, el derecho a la huelga —derecho legalmente reconocido— se usa con tal desmedida que ya constituye un factor de desintegración social y moral, con su secuela de indisciplina y anarquía. Sin orden ni jerarquización, los pueblos caminan a la deriva, con el peligro de que surja audazmente un caudillo, que a la postre no es más que un impostor.

Momento es de reaccionar contra los excesos de quienes no poseen otra autoridad que el número y reprimir los desbordes de la pasión tumultuaria. Los peores enemigos de la democracia son la indisciplina y la exaltación de las masas, pues ellas terminan por debilitar su base y abrir brechas para entronizar gobiernos omnímodos, en que se infringen todos los derechos y se conculcan las libertades, cuya recuperación sólo se logra después de largo y sangriento calvario.

El trágico acaecer político de algunos países de Hispanoamérica es una lección que debemos aprovechar.